

ELOY MARTOS

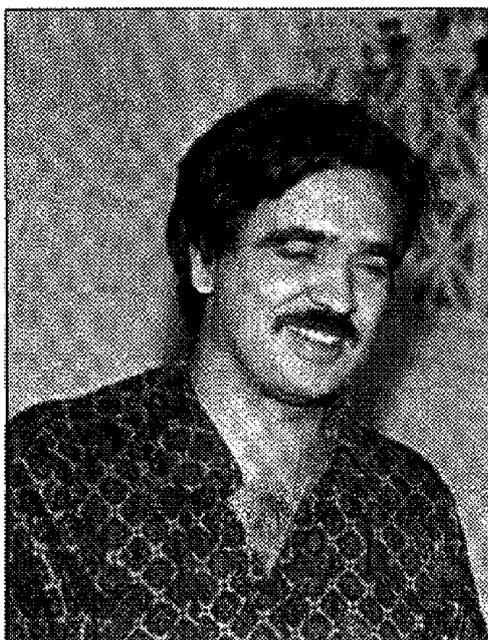
PROFESOR DE DIDACTICA DE LA LENGUA

"Los recursos de la escuela deben globalizarse en un marco común, en la biblioteca escolar"

El IV Encuentro Internacional sobre el Libro Escolar que organiza la Universidad de Extremadura se va a desarrollar en un momento clave del proceso educativo español. ¿Qué líneas de trabajo, de reflexión, se han querido promocionar en este Encuentro?

Es importante subrayar que el tema del material didáctico en general no es un aspecto más de la enseñanza sino algo "estratégico", porque es uno de los puntos esenciales en que la teoría y la práctica se integran, hasta el punto de que aquí sí que vale eso de "dime con qué materiales trabajas y te diré quién eres". Por tanto, asumiendo que el libro único -al modo de las Enciclopedias Alvarez de nuestra infancia- no se adapta a las nuevas demandas, interesaría examinar, en cada área curricular, las posibilidades reales de crear un material plural y versátil, que permita líneas de colaboración e implementación entre los materiales de procedencia oficial, los que crean las editoriales y los que profesores y alumnos elaboran a partir de los recursos de la escuela, y que, por otro lado, haga posible avanzar en fórmulas más cercanas a la educación abierta, esto es, implicando la atención a la diversidad, el aprendizaje activo, el tratamiento interdisciplinar y de temas transversales, etcétera. La realidad cambiante e incierta del aula requiere materiales "ad hoc", que a la fuerza han de tener una dimensión abierta y heurística. De ahí la importancia que se ha dado al uso de lo que se llama materiales blandos, en especial la imagen fija (presente en tantos soportes impresos como revistas, folletos, etcétera) y entendiéndolo que tales recursos pueden ser espléndidos porque se pueden tomar del entorno inmediato e incentivan, por su naturaleza, la reelaboración por parte del alumno.

El problema es, pues, establecer líneas de implementación entre unos documentos y otros, entre las tecnologías blandas y duras, sobre la base de que el texto, la imagen fija, la imagen animada y hasta los multimedia pueden complementarse en adaptación a las posibilidades del centro y de los alumnos, y ahí sí que el papel de los recursos debe globalizarse -por razones de operatividad y coste- a partir de una especie de depósito o centro de recursos que sea algo más que una lista de películas y cassetes, y cuyas funciones podrían ser reasumidas perfectamente por la biblioteca. La diferencia parece de matiz pero no lo es: no se trata de que vengan recursos de fuera a la escuela y que ésta los adapte a su realidad, como en el libro de texto clásico, sino que ésta



Eloy Martos Núñez (Sevilla, 1955), Secretario General del 4º Encuentro Internacional sobre el Libro Escolar y el Documento Didáctico para Educación Primaria y Secundaria es doctor en Filología, profesor del Departamento de Didáctica de la Lengua de la Universidad de Extremadura y director del Proyecto de Materiales Curriculares de Lengua en Secundaria (MEC). Funda el Grupo "Alborán" en 1985 y dirige diversos proyectos de investigación educativa. Ha publicado, entre otros, los libros *Métodos y Diseños de Investigación en Didáctica de la Literatura*, *La poética del patetismo: análisis de los cuentos populares extremeños* (Premio Constitución de Ensayo, 1987), *La ideogramación y los Talleres abiertos, Programas de investigación sobre el comentario de texto*, *Aspectos didácticos de Lengua y Literatura*.

desde dentro genere algunos recursos, por modestos que sean, y adquiera otros en el mercado.

Deberían instrumentarse los medios para promover en primer lugar y luego publicar los documentos didácticos elaborados por los profesores de Primaria y Secundaria y que, repito, y ahí puede estar el error, no tienen que ser iguales ni técnicamente ni en alcance a los que hacen las Editoriales. Sólo así se conseguiría dotar de sentido al papel protagonista que se pretende dar al profesor en el desarrollo curricular y conjurar el fatalismo de que "la Reforma la van a hacer las editoriales".

Dentro de las actividades complementarias organizadas con motivo del IV Encuentro destaca la exposición "Circe, el Libro Escolar y el Material Didáctico, un reto para el futuro". En ella tomarán parte numerosas instituciones que trabajan desde ámbitos distintos por la promoción del libro. ¿Con qué objetivos nace Circe?

En coherencia con lo que te acabo de comentar, las Exposiciones de Material Didáctico, que hemos reunido bajo el lema de "Circe", tienen como objetivo reunir y acercar al profesorado las diferentes alternativas de material didáctico disponible en relación a temas muy concretos y actuales de la enseñanza. En concreto, se han diseñado varios espacios de Exposición. El primero lo hemos titulado **El aula sin muros**, lo ha ideado nuestra compañera Pilar Rodríguez, y trata de sugerir las posibilidades de los medios de comuni-

cación en un aula que debe integrar el curriculum paralelo. El segundo, se le ha llamado **El bricolaje escolar** porque, al hilo de lo que antes decíamos, expone aquellos recursos que puede y debe producir la propia escuela a partir del uso de materiales y tecnologías "blandas", con especial incidencia en el tema de la utilización de gráficos como material básico o de apoyo en la preparación de material didáctico, en la instrucción e incluso como instrumento de evaluación. El núcleo central de la Exposición es **Circe**, con los numerosos Organismos Expositores que han acudido, desde los Ministerios de Educación y Cultura a las Comunidades Autónomas, Fundaciones, Editoriales, Revistas, etcétera y con una atención no menos importante al material de profesores individuales o grupos, para que los visitantes contemplen un abanico variado de opciones, en el más sano espíritu de "competencia". Porque desde luego es el profesor el que tiene que decidir, al final de todo el proceso, qué materiales sirven para la realidad de su aula. Por último, nos ha parecido conveniente introducir la Exposición del Instituto de la Mujer **El trabajo de la mujer a lo largo de la historia**, dada la importancia del tema de coeducación en el Congreso; ha sido una idea de nuestra compañera Inés Rodríguez.

En una reciente encuesta realizada por nuestra revista, la práctica totalidad de los editores de libro escolar proclamaban la necesaria cohabitación y complementariedad entre los libros escolares y la biblioteca escolar. ¿Cómo analiza Vd. las funciones de la biblioteca escolar en el proceso educativo?

Volviendo a la idea de antes, los recursos de la escuela deben globalizarse en un marco común, y éste debe ser la biblioteca escolar. Para ello debe funcionar como un centro de recursos *ad hoc* y un espacio integrador de aprendizajes, y la Reforma posibilita muchas fórmulas para concretarlo, desde el estudio guiado a las actividades en general de trabajo con fuentes documentales diversificadas. De hecho, como desde la revista Educación y Biblioteca se ha venido subrayando, el problema es un cambio de concepto y un cambio de rol en la biblioteca escolar, y la consiguiente implementación de medios y personal especializado.

Entender la biblioteca como un fondo de documentación de fácil acceso supone desde luego unificar programas paralelos como los de prensa-escuela o nuevas tecnologías y promover la figura del bibliotecario-documentalista, porque sólo un enfoque global de la cuestión permitiría religar lo que se hace en clase, el trabajo del profesor y el trabajo del alumno. Si es verdad que lo que se busca es activar los mecanismos y estrategias de aprendizaje del alumno, hacerlo menos dependiente del profesor y más autoconocedor de las herramientas de aprendizaje, la biblioteca tiene que acomodarse a ese perfil de enseñanza abierta, con horarios más flexibles y un apoyo técnico amplio que desde luego no se limite a dar el libro y rellenar la ficha. Por otro lado, está la Biblioteca de Aula, cuyos resultados son muy desiguales, no ya por niveles sino por áreas y tipos de centros. Te pongo un ejemplo práctico que creo sintetiza todos los casos: cuando un profesor manda un trabajo, su visión de lo que el alumno hace *después* suele ser muy inconcreta. Una alternativa inicial es utilizar la biblioteca de aula o de centro en forma de talleres para iniciar el proceso básico de perfilar un guión y adecuarlo a las fuentes de información disponibles; posteriormente, la recogida y selección de

información implica usar la biblioteca como un fondo de documentación amplio, no sólo de libros, sino como hemeroteca, iconoteca, fonoteca, etcétera, y ahí es donde el profesor puede orientar algo sobre lo que, por ejemplo, son documentos primarios y secundarios o los distintos niveles de documentación -estoy pensando en Secundaria-, pero esto es algo que debiera formar parte de un plan del centro para acercar al alumno a las técnicas de estudio y de tratamiento de información, y ahí es donde el documentalista sería de gran aportación. En esta fase, los alumnos suelen acudir a la biblioteca pública o a la librería sin más, pero generalmente con una escasa orientación. Por último, a medida que el alumno va organizando y rehaciendo su trabajo, surge la necesidad de emplear medios auxiliares para su redacción y/o exposición en clase, y ahí es donde la biblioteca podría funcionar como mediateca. Lo cierto es que llegan los alumnos a la Universidad y ni siquiera se dominan esas técnicas básicas de saber organizar un trabajo, manejar una bibliografía o extraer una cita, lo cual revela un fracaso no ya de tal o cual centro sino de sistema de biblioteca escolar en su conjunto.

En el acercamiento del niño al libro, en la creación de hábitos y comportamientos lectores, los enseñantes tienen una función clave. Por otro lado, a las Escuelas Universitarias de Formación del Profesorado de EGB se les ha acusado de la escasa formación que suministran a sus alumnos en lo referente al libro infantil y juvenil. Usted, como formador de enseñantes, ¿cuál cree que es la formación que se imparte sobre este tema? ¿Qué líneas de trabajo cree que podrían establecerse?

La formación de lectores competentes no es ni siquiera un objetivo único del área de lengua, pues, como dice Ray Bradbury en *Fahrenheit 451*, el libro no es un simple recipiente de información sino que hay que enseñar, ante todo, a amar el libro, a verlo como un instrumento vivo que en-

cierra un tacto, tersura, olores, paisajes gráficos, etcétera, y para ello hay que romper con la imagen casi bíblica de que el libro es algo que exige sudor y lágrimas y de que el alumno es un condenado que está, como decía el romance "amarrado al duro banco de una galera turquesca". En eso el libro infantil y juvenil vienen haciendo una gran labor, pero no hay que olvidar, como indica el profesor Jaime García Padrino, que ni siquiera en la Universidad la literatura infantil tiene el status que debería y que hay maestros, tanto en las nuevas como en las viejas especialidades, que pueden salir sin haber dado una sola hora de esta materia. El problema se agrava en la Secundaria, pues si

en la literatura infantil hay cierta tradición, la literatura juvenil es el gran convidado de piedra, incluso en el DCB.

Las líneas de trabajo, en mi opinión, pasan por la necesidad de reconceptualizar ciertas áreas del curriculum, entendiendo que la lectura infantil y juvenil no es apéndice, ni "un medio para" ni sólo un bloque específico de lenguaje, sino, por qué no, un área transversal con la misma o mayor entidad que las otras que recomienda el DCB, de modo que tales libros, como fuente de conocimientos, destrezas y valores *en cualquier materia*, deberían ocupar una parcela innominada del curriculum.

Lo mismo me da que se llame documentación, técnicas de estudio, tratamiento de la información, etcétera, lo importante es que se enseñe a leer, porque, no lo olvidemos, la enseñanza obligatoria es el último tren para muchos alumnos

"Deben instrumentarse los medios para promover y publicar los documentos didácticos elaborados por los profesores"

que jamás van a tener otra oportunidad de acercarse al mundo del libro, eso sí, desde las preferencias distintas de un niño o un adolescente.

¿Qué medidas, qué líneas de trabajo en común podrían establecerse entre bibliotecarios y enseñantes, entre la biblioteca pública y la escuela, que fueran más allá del simple préstamo de mesas y sillas, por parte de la biblioteca, para la realización de tareas escolares?

Plantear el uso sistemático de la biblioteca del centro o de la ciudad lleva a plantearse formas de agrupamiento flexible de los alumnos o alteración de los horarios, si además queremos quitarles el "sambenito" de actividad extraescolar, que el alumno hace "además de" su horario normal. Trabajar una mañana en la biblioteca pública, concertar una actividad con una librería, visitar una exposición de libros, traer un autor -no necesariamente literario- a clase... son actividades que rompen la dinámica habitual, y en eso está parte de su encanto, si bien ha de complementarse con un trabajo "antes", "durante" y "después" de la actividad, como por ejemplo seleccionar, preparar o completar guías de lectura existentes.

Hay miles de posibilidades, dentro del calendario ordinario o bien aprovechando circunstancias excepcionales, como un viaje de los alumnos, la fiesta del centro, etcétera y en ellas pueden co-actuar el profesorado del Centro, las bibliotecas disponibles, la librería, la Concejalía de Cultura, asociaciones profesionales, como *Educación y Biblioteca*, etcétera. Evidentemente, esto no puede ni debe ser una especie de "fuegos de artificio" de "pan para hoy y hambre para mañana", y en ello caen numerosas actividades de animación a la lectura. La motivación no sólo debe ser externa con concursos, ferias del libro, etcétera, sino ayudando desde la base a dominar las técnicas de lectura. Para todo ello parece sensato diseñar planes de actuación más bien territoriales, con programas que partan de la realidad de los centros y aglutinen los recursos y medios de todas las instituciones citadas.

A tenor de la evolución de los diversos medios de enseñanza y, de forma global, ¿cuál cree que puede ser el futuro del material didáctico?

Los profetas de la desaparición del libro y de su sustitución por lo audiovisual y lo informático se han equivocado, en parte porque, como dice José Antonio Mingolarra, la cultura de los *media* nace en otros lugares distintos al aula y porque hay una discordancia entre la cultura escolar y la cultura social, que, por cierto, no siempre es negativa. Por ejemplo, la imagen en el contexto escolar no tiene ese avasallador poder de ser sucedánea de la realidad, maquinaria de persuasión, foco pasivo ante el que sentarse provisto con un mando a distancia. Se habla de contaminación ambiental pero no se habla de la contaminación visual que inunda cada rincón de nuestras calles, realizando su fealdad y creando pastiches de anuncios estrambóticos al lado de un monumento. De todo eso la cultura escolar ha quedado al margen y cuando se dice que ha sido históricamente *logocéntrica*, bueno, ante el peso de tanto mensaje unidireccional, nos preguntamos si eso es tan malo, igual que ahora nos damos cuenta de las ventajas del *invento* libro. El problema no es, pues, hablar de nuevos o viejos materiales, tecnologías duras o blandas,

pues todos caben si es la mano inteligente del profesor la que les da su sitio.

Mejor hablemos de para qué usamos cada cosa y en qué marco, por ejemplo, respetando y fomentando la interacción entre los alumnos y, a la vez, la atención a las diferencias individuales o de grupos, en una línea de mayor confianza en las personas, es decir, en las posibilidades del alumno y del profesor, y en una apuesta clara por una visión *humanizadora* del material.

En este sentido, en la Exposición no hemos querido reducir la visión del aula del futuro a un problema de equipos y "teclas", al modo de la Ciencia Ficción versión Hollywood, por mucho que, naturalmente, las nuevas tecnologías vayan a ampliar la oferta y a cambiar el *paisaje* del aula. Como dice Rafael Jiménez, el aumento de materiales y recursos no siempre va a significar una mayor calidad y, a la vez, siempre habrá necesidad de lo que él muy acertadamente llama "soluciones imaginativas", es decir, indagar sobre la forma de organizar los espacios, el horario o los grupos de alumnos.

Y es que el problema del material didáctico no me parece que sea, en el fondo, *técnico*, de especialistas en diseño o

pedagogía, igual que una ciudad no se hace simplemente con los expertos en Urbanismo. El problema del aula o de la ciudad es *hacerlas habitables, dotarlas de contenido*, arroparlas de un sentido positivo de colaboración, de compartir tareas y objetivos, y en eso la voz cantante la tienen todos los profesores. Ahí, en la *trastienda* en que el profesor elige lo que le sirve para su clase del lunes, ahí está el futuro del material didáctico.

Por eso, para terminar, me vas a permitir que aluda al mito emblemático de nuestra Exposición. El material es tan ambivalente como la Circe de la *Odisea*, unas veces descrita como la amable *diosa de lindas trenzas*, y otras como la temible *conocedora de muchas dro-*

gas que subyuga la conciencia y los sentidos. En los dos casos su papel *fascinador* es innegable y en ambos casos la respuesta del prudente profesor, como otro Ulises, debe ser la de reconvertir esa fuerza para despertar en los alumnos el sentido de la camaradería, la alegría, el hacer las cosas bien, la preocupación de unos por los otros, en fin, de la ilusión de vivir y de aprender (¿no es lo mismo?), por medio de compartir cosas y a la vez de potenciar lo que es más singular y auténtico de cada uno. Lo cual desde luego lleva a desacreditar el libro único, pero también esa cierta *fetichización* de lo técnico, cuando se enfoca mal. Esa capacidad de indagación e imaginación es lo que, al menos para mí, representa el futuro del material didáctico.

No se puede seguir fomentando la cultura del *usar y tirar*, o de la cuantiosa inversión en medios de magnífico *look* pero de dudosa eficacia didáctica, cuando los recursos son limitados y cuando por otro lado hay infinidad de recursos, como los simples folletos, que se desperdician y que el aula puede y debe reutilizar para sus propios fines. Claro que eso supone cambiar la mirada a lo que tenemos alrededor y escudriñar, como hacía Ramón Gómez de la Serna en el Rastro, el objeto insólito, la percha que convertimos en un *móvil* para colgar cartas o el álbum de fotos con el que dialogamos con el pasado. Todo antes que continuar con el aula en que alumnos y profesores repiten, como en el poema de Machado, su cantinela monótona, aunque ahora sea en forma de contenidos, procedimientos y actitudes.

RAMÓN SALABERRÍA